



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como Doctor "Honoris
Causa" por la Universitat de València a
M^a Angeles Durán Heras

Discurso de aceptación

Valencia, 9 marzo de 2012

MÁS ALLA DEL DINERO: LA ECONOMÍA DEL CUIDADO

Agradecimientos

Es de justicia que inicie mis palabras con un sincero agradecimiento hacia quienes han intervenido, de un modo u otro, en esta propuesta de concesión del Doctorado honoris causa por la Universidad de Valencia. Agradezco a quienes propusieron mi nombre, a quienes dieron su apoyo a la propuesta, a quienes la sostuvieron en el largo recorrido institucional y a quienes han cuidado de que todo estuviera a punto para esta ceremonia. También agradezco y saludo a quienes hoy nos acompañan en este acto solemne y festivo, así como a quienes se han sumado a él enviando mensajes aunque no hayan podido acompañarnos personalmente.

Me agrada especialmente que semejante honor provenga de Valencia y de su universidad, por los lazos que me unen con una y otra. Nacida en Madrid, mi primer contacto con Valencia fue a los 9 años, como un regalo de mis padres por haber aprobado en circunstancias un tanto especiales el ingreso de bachillerato. Aquí vi el mar por primera vez y todavía recuerdo el impacto que me hicieron los puestos de flores en la plaza y la luz del aire. En mi inocencia –y bastante despiste geográfico– creí que los caracolillos que había encontrado en la arena, todavía a muchos kilómetros de la costa, los arrastraba hasta allí la marea.

No volví a tener especial contacto con Valencia durante los años de infancia, salvo por las magníficas naranjas emisarias que mi abuelo recibía por su cumpleaños y en Navidad de un cliente valenciano al que surtía de cajas de embalaje. Fue en la Universidad Complutense, en mis primeros años de estudiante, cuando Valencia se convirtió en parte de mi vida; no por motivos intelectuales, sino porque me oí llamar *dona*, *chiqueta* y otras palabras más dulces, con esa variación melodiosa, de eles abiertas y vocales intermedias que introducen en el castellano los *socarraets*. Fue un principio que aún no ha tenido fin y mis tres hijos y dos nietos portan un sonoro apellido valenciano.

No es de extrañar que cuando a finales de los años sesenta, ya licenciada, diseñé una encuesta para conocer las actitudes de los jóvenes universitarios, la Universidad de Valencia fuese una de las seleccionadas para realizar el trabajo de campo. Conté entonces con el apoyo del catedrático de sociología de esta universidad Prof. José Jiménez Blanco. Desde ese momento hasta hoy mis contactos con esta universidad y la Comunidad a la que pertenece han permanecido vivos: he sido miembro de tribunales de tesis, conferenciante, organizadora de cursos de verano, y profesora del programa de doctorado a través de la Fundación Cañada Blanch. Con el Departamento de Sociología siempre he tenido una relación estrecha y fue uno de los primeros en prestarme su apoyo cuando concurrí a la Presidencia de la Federación Española de Sociología.

Con especial emoción recuerdo dos acontecimientos que marcaron mi vida posterior como persona, como docente y como investigadora. El primero fue a comienzos de la década de los ochenta, un acto organizado por el Movimiento Asociativo de Mujeres, cuando los movimientos sociales buscaban en la universidad argumentos que dieran contenido conceptual a sus prácticas cotidianas. Titulé mi conferencia "*Ciencia para la vida, ciencia para la libertad*" y he vuelto sobre esas ideas básicas muchas veces a lo largo de mi carrera profesional. El segundo fue durante el verano de 1995. Estaba previsto que dirigiese un curso en Gandía, la sede estival de esta Universidad, y en agosto me detectaron un cáncer de mama. En un primer momento hubiera desistido del empeño, pero el apoyo sin fisuras de la directora de la universidad de verano, los colegas que participaban como profesores en el mismo y de la profesora Pilar

Folguera, de la Universidad Autónoma de Madrid, que se inscribió en el curso sin otro motivo real que acompañarme durante esos días, hizo posible que resistiese el embate de las primeras sesiones de quimioterapia. En aquel duelo entre el deseo de rendirse y el de mantener los proyectos, esos apoyos fueron decisivos y me enseñaron que la solidaridad de los demás hace posible vencer batallas que uno sólo no puede.

Como ven, son muchas las entidades y las personas a quienes hoy he de agradecer, y no hace falta que cite expresamente los nombres de todos ellos porque estoy segura de que se reconocen en mis palabras. Quizá no sea una práctica habitual, pero si me lo permiten, quiero dedicar este breve discurso de investidura a un colectivo con quien no sólo yo sino todos ustedes tenemos una deuda impagable. Me refiero a quienes cuidan en sus hogares a enfermos y familiares dependientes y lo hacen sin recibir remuneración alguna. A ellos les debo el mayor estímulo para mi propio trabajo intelectual y por mucho que les dedique actos como este, nunca corresponderé suficiente a lo que ellos han hecho por mí.

El estímulo de la experiencia cotidiana.

En enero de 1975, cuando acababa de volver del hospital de dar a luz a mi segundo hijo y a causa de una diarrea del recién nacido, en un solo día se acumularon en casa siete lavados de ropa. En la Facultad de Económicas de la que era profesora, sucesos como este parecían carecer completamente de interés. Eran invisibles, oscurecidos por temas que mis colegas creían de mayor importancia, tales como la extracción de carbón, la importación de petróleo o el precio del trigo. Sin embargo, siete lavadoras de ropa en un solo día son un acontecimiento que deja marcado un calendario e incita a la reflexión. A mí me obligó a preguntarme sobre quién y con qué criterios decide la relevancia de los temas. ¿Desde qué experiencias personales se han formado los marcos teóricos que utilizamos para explicar nuestra existencia? Ese día inicié una tranquila rebelión intelectual y decidí que la observación de la vida cotidiana tiene tanta o más importancia para la investigación en ciencias sociales que la reflexión abstracta. Comencé a llevar un diario en el que anotaba las experiencias domésticas y los continuos trasvases entre trabajo remunerado y no remunerado. Esa práctica me

marcó y creo que me ha dado energía para ahondar en la búsqueda de las realidades que se hallan más allá de los espejos que habitualmente nos ofrece la Academia para reconocernos. Por eso, desde entonces he tratado de compatibilizar diversas líneas de investigación en las que se complementan perspectivas canónicas y aproximaciones críticas. Como botón de muestra, compartiré con ustedes algunas reflexiones sobre el concepto de trabajo y sobre la economía del cuidado.

Trabajo no es sinónimo de empleo.

La delimitación de la frontera entre trabajo y empleo no es una cuestión lingüística: es, sobre todo, una cuestión política, porque el estatuto del trabajador va asociado con algunos de los derechos y obligaciones sociales y económicas más importantes en la vida actual.

Naciones Unidas estima en el *Informe 2010 de los Objetivos de Desarrollo del Milenio* que la proporción entre trabajadores y población total para el conjunto del mundo es 60'4%. Las estimaciones se refieren a toda la población porque el criterio de "población potencialmente activa", o de quienes tienen entre quince y sesenta y cinco años, tiene poca aplicación en los países en que los muy jóvenes trabajan como ayuda familiar en las explotaciones agrarias o no existe realmente edad de retiro para la población de edad avanzada. La ratio mínima entre población y número de trabajadores se produce en África Occidental (44'3) y la máxima en Asia Oriental (69'9), con Latinoamérica y Caribe en el punto medio mundial y las regiones desarrolladas cinco puntos por debajo.

En la década transcurrida entre 2000 y 2009, la ratio mundial bajó 0'8 puntos, debido principalmente a los cambios en la composición por edades de la población. Sólo aumentó en algunas regiones por crecimiento de la población joven y como consecuencia de una mayor incorporación de las mujeres al empleo. Si entre el 44'3% y el 69'9% de la población mundial está directamente vinculado con el empleo; ¿Cuántos de los restantes trabajan sin empleo? Y ¿Cuántos de los que se computan como trabajadores con empleo trabajan, además, en ocupaciones no remuneradas?

Si la ratio de 60'4 se aplica a la población total, tal como estaba prevista por el World Population Prospects de Naciones Unidas para 2010 (6.909 millones de personas en el mundo), el número de trabajadores ocupados podría estimarse en 4.173 millones de personas.

De los trabajadores ocupados, Naciones Unidas estima que para el conjunto del mundo más de la mitad (50'6%) trabajan por cuenta propia o como ayudas familiares, proporción algo más elevada entre las mujeres (52'3%) que entre los varones (49'4%). En las regiones desarrolladas la proporción de trabajadores por cuenta propia o autónomos entre los ocupados es sólo del 9'1% porque prevalecen las empresas medianas y grandes, así como el empleo público; en cambio, en los países menos desarrollados el 87'7% de los empleos son ocupados por trabajadores por cuenta propia o ayudas familiares.

Diversos estudios de CEPAL han documentado la mayor participación de mujeres que de hombres en los sectores de baja productividad; dentro de estos sectores, los salarios de las mujeres son mucho más bajos que los de los varones. La falta de tiempo para sí mismas debido a la dedicación temprana al trabajo no remunerado es una de las causas de esta desigualdad.

Aplicando diversas ratios, resulta una estimación para todo el mundo de 2.061 millones de trabajadores asalariados y 2.111 millones de trabajadores autónomos y ayudas familiares. Sin embargo, las cifras de empleo esconden profundas diferencias entre regiones y países, así como entre regiones de un mismo país y entre grupos sociales. La asalarización significa un paso en el abandono de la economía informal de subsistencia, acompañada de una mejora en la probabilidad de obtener beneficios sociales para el propio trabajador y su familia. Cuando aumenta el número de personas empleadas en una economía, aumente su PIB total, pero no sucede lo

mismo de modo automático con el PIB por persona empleada, ya que puede reducirse si los nuevos empleos están por debajo de la media anterior.

Por comparación con el trabajo remunerado, el trabajo no remunerado es más voluminoso, más heterogéneo y mucho más desconocido. No presenta dificultades de delimitación respecto al trabajo asalariado, pero como ya se ha hecho notar, en el mundo es por ahora más común el empleo autónomo que el asalariado, y la frontera entre el trabajo por cuenta propia y el no remunerado es permeable. Si la ausencia de fuentes hace que las estimaciones del trabajo remunerado sólo sean conjeturables en gran parte del mundo no desarrollado, en el trabajo no remunerado la pobreza de investigaciones básicas es por ahora de tal calibre que cubre incluso a los países más desarrollados, de los que apenas media docena cuentan ya con varias encuestas comparables que incluyan amplia información sobre este tema. Siendo el tiempo un recurso escaso, el tiempo destinado a cuidar no podrá dedicarse simultáneamente al empleo, y muchos países tendrán que elegir entre ambas alternativas. Si se mide en horas trabajadas, el trabajo no remunerado es más voluminoso a nivel mundial que el remunerado, aunque esta afirmación haya que calibrarla con una definición precisa de qué se entiende por trabajo, especialmente en el trabajo del cuidado. Su mayor volumen viene dado por la participación intensa de la población femenina en todo el mundo, y sobre todo en las áreas menos desarrolladas y en los sectores sociales de menos recursos. A diferencia del trabajo asalariado, el trabajo no remunerado se realiza en los días festivos, en los horarios anteriores y posteriores al laboral, y lo realizan los jubilados, los pensionistas y, en muchos casos, los niños, los ancianos y los enfermos. Según un informe promovido por el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas y realizado por el Institute of Political Studies of Paris¹, los datos ofrecidos por las estadísticas tradicionales infraestiman el trabajo real de hombres y mujeres al no incluir el trabajo no remunerado. Al incluirlo, el tiempo total de trabajo de las mujeres iguala o sobrepasa el de los varones.

Como resultado de la acumulación de trabajo remunerado y no remunerado, las mujeres y las niñas disponen de menos tiempo para la escolarización y para el ocio,

¹ Se realizó en Benin, México e India. Los autores del anexo sobre Benin son Gabriel Brunnich y Anne-Laure Radas. Sobre India, Mehdi Ghissassi, Mercedes Johnson y Camille de Sentenec. Sobre Mexico, Pippa Druce y Pilar Rodríguez Riccheri. En Benin, el trabajo de las mujeres sobrepasa un 43% la media del de los hombres, tanto en zonas rurales como urbanas.

especialmente en las zonas rurales. El trabajo no remunerado contribuye a la cohesión social más que cualquier otro programa de políticas públicas. Por ello, los logros en cohesión social no pueden restringirse a la inserción en la producción, olvidando el papel clave que juegan las familias, y especialmente las mujeres dentro de ella, para la producción de bienestar social.

Igual que el trabajo remunerado, el no remunerado es heterogéneo en su composición interna: bajo esta rúbrica se clasifican desde los trabajos duros y penosos de los hogares que carecen de las infraestructuras materiales mínimas (agua potable, energía, red sanitaria y de alcantarillado) hasta los trabajos de gestión patrimonial y representación social que se realizan en los hogares de las clases acomodadas. El trabajo no remunerado es una *terra ignota*, un continente invisible que hasta ahora se ha explorado poco pero sin cuyo concurso no pueden entenderse las sociedades tradicionales ni, tampoco, las modernas.

Paradójicamente, y aunque no sea su propósito, la mayor fuente mundial de información sobre el trabajo es también un fuente formidable de invisibilización de las formas de trabajo que no se ajustan a una definición restrictiva del mismo. Por ejemplo, la Encuesta de Población Activa (EPA) que tanto utilizamos como guía de políticas sociales y económicas, se convierte en un agente de creación de opinión indirecto al atribuir la condición de *inactivos* a quienes no tienen relación personal directa con el mercado laboral, independientemente de la utilidad social de su trabajo.

La existencia de un instrumento de observación tan extenso como la EPA ha oscurecido otras formas de trabajo no observadas por la encuesta. Además, su capacidad de conferir existencia simbólica a los sujetos es extraordinaria. Por poner un ejemplo, para recibir la condición de “*trabajador*” según la encuesta, basta con haber dedicado una hora la semana anterior a la actividad definida como tal. Si tal capacidad identificante se aplicase a la dedicación a otras actividades, prácticamente la totalidad de la población adulta podría identificarse con la condición de “*trabajador doméstico no remunerado*”, y una buena parte debería considerarse asimismo como “estudiante”.

Según la EPA, la no-dedicación al trabajo remunerado por dedicación expresa al cuidado de dependientes (niños, adultos enfermos o discapacitados, mayores) es 22 veces más frecuente entre mujeres que entre varones (6’7% vs. 0’3%) y asimismo la

inactividad por dedicación a “*otras responsabilidades familiares o personales*” es 15 veces más frecuente entre mujeres que entre varones.

La visibilización prioritaria del trabajo remunerado no sólo se produce en la EPA. La mayoría de las investigaciones adoptan el trabajo remunerado como perspectiva principal de las actividades, oscureciendo otras formas de trabajo. Por ejemplo, en los barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas dirigidos periódicamente a personas mayores de 18 años, la categoría “trabajo doméstico no remunerado” se recoge explícitamente, pero es residual respecto al trabajo remunerado. Gran parte de la población no trabaja remuneradamente o participa en ambos tipos de trabajo, pero el barómetro los identifica prioritariamente por su relación actual con el trabajo remunerado (clasificándolos como trabajadores), pretérita (jubilados, parados que han trabajado antes), futura (parados que buscan su primer empleo) o incluso por su no-relación con el trabajo remunerado (pensionistas que no han trabajado antes), primándola de este modo respecto a la identificación y la autoidentificación social mediante otras formas de trabajo.

La distribución territorial del trabajo no es homogénea, ni internacionalmente ni entre regiones de un mismo país. En España existe un marco legal homogeneizador, pero a pesar de ello, la diferencia regional entre el tiempo medio semanal dedicado por los adultos (población mayor de 18 años) al trabajo remunerado y no remunerado es considerable. Entre Baleares (23’01 horas semanales dedicadas al trabajo remunerado) y Asturias (16’69 horas) hay un 38% de diferencia en la dedicación de tiempo. En el trabajo no remunerado, entre Cantabria (20’87 horas) y Andalucía (27’13 horas) hay un 30% de diferencia.

Los trabajadores ocupados sólo son el 47% de las personas mayores de 16 años, y entre ellos hay un 5% que en la semana anterior no dedicó tiempo al trabajo remunerado. En el trabajo no remunerado de “*un día cualquiera*” participan el 91% de las personas mayores de dieciocho años, lo que permite decir con bastante aproximación que el número de personas que realizan trabajo no remunerado es el doble que el de trabajadores remunerados.

El tiempo de dedicación al trabajo remunerado se concentra en un período relativamente breve del ciclo vital, entre los veinte y los sesenta y cinco años, y asimismo en un calendario semanal concentrado de lunes a viernes. Lo más frecuente es que los varones ocupados le dediquen entre 1.840 y 2.300 horas anuales (2.070

como punto medio), en tanto que para las mujeres ocupadas lo más frecuente es dedicarle entre 1.381 y 1840 horas anuales (1.610 como punto medio).

En cuanto al trabajo no remunerado de carácter material (excluyendo el cuidado), el 16% de los varones no le dedican tiempo, en tanto que sólo el 2% de las mujeres quiere o puede dejar de hacerlo. El hecho de vivir en pareja, sea matrimonio o simple convivencia, tiene importantes y opuestas consecuencias para hombres y mujeres: el 31% de los varones que viven en pareja no dedican tiempo al trabajo doméstico no remunerado, circunstancia que solo se aplica al 0'9% de las mujeres casadas o convivientes en pareja. Las jornadas extralargas (más de 2.300 horas anuales) sólo afectan al 11% de los que trabajan remuneradamente, pero se hallan en esas circunstancias el 27% de las amas de casa. Muchos de los trabajadores remunerados realizan también trabajo no remunerado, y su carga global de trabajo es la suma del tiempo que dedican a ambos tipos de trabajo.

Aunque se supone que los jubilados ya no trabajan, muchos jubilados realizan largas jornadas de trabajo no remunerado, especialmente las mujeres. Según la Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, el tiempo medio dedicado por el conjunto de la población adulta al trabajo no remunerado doméstico es 2'59 horas diarias en un día promedio, en tanto que la dedicación al trabajo remunerado es 2'39 horas.

Desde el punto de vista legal no resulta fácil argumentar en torno al trabajo no remunerado, porque hasta ahora ha resultado casi invisible para los legisladores². En España, no forma parte de los convenios colectivos, apenas existe jurisprudencia directa y no se ocupan de él los inspectores de trabajo ni los tribunales laborales.

El Código Civil obliga a compartir las responsabilidades domésticas y el cuidado (art. 68). Dispone también que en el régimen económico más frecuente de los matrimonios, el de gananciales, se hacen comunes las ganancias obtenidas por cualquiera de los cónyuges y se atribuyen por partes iguales si se disuelve la sociedad (art. 1347). La idea subyacente es que dentro del matrimonio valen igual el trabajo de la mujer y el del hombre, lo que llevado a la imputación de un valor/hora al conjunto del trabajo desarrollado en los hogares, equivaldría a otorgarle el valor medio del trabajo realizado fuera de los hogares. Tal vez fuese más preciso denominarlo *trabajo no*

² En todo el mundo se están produciendo pequeños pasos hacia la visibilización del trabajo no remunerado en las leyes, tanto en las leyes de derechos políticos y cívicos como en la legislación de familia, y así lo reflejan los organismos internacionales (OIT y otros).

monetizado para destacar que es un tipo de trabajo que no da lugar a transacciones monetarias inmediatas, pero en cierto modo está recompensado, en el sentido de que el salario medio ha de incluir el coste de reproducción (ha de bastar para el trabajador y su familia) y frecuentemente se acompaña de primas por situación familiar o reducciones fiscales, por el mismo motivo. No obstante, lo esencial de este trabajo y lo que le diferencia de otros trabajos es que no se acompaña de un pago directo, y en ese sentido es correcta su identificación como trabajo no remunerado.

En todo el mundo, la mayor parte del trabajo doméstico no remunerado es realizado por mujeres, lo que reduce sus posibilidades de incorporarse al trabajo remunerado. Forma parte de una tradición de división sexual del trabajo que cobra nuevo sentido en las sociedades actuales en las que la autonomía individual se vincula estrechamente a la posibilidad de obtención de rentas laborales.

El alargamiento de la esperanza de vida, la disminución del número medio de hijos por mujer y la pérdida de importancia económica de los patrimonios familiares respecto a las rentas, ha dado una nueva dimensión a la división sexual del trabajo, privándola en buena parte de su legitimidad histórica. En la actualidad, la búsqueda del reconocimiento del trabajo doméstico no remunerado como “verdadero trabajo” forma parte de la lucha política de las mujeres y es la base de programas de redistribución que requieren no sólo el cambio en las relaciones entre hombres y mujeres sino también en las instituciones básicas de las economías contemporáneas: los hogares, las empresas y el Estado.

El trabajo invisible, no medido y oculto.

En 2002, la OIT reconocía en un extenso informe que, en contra de lo esperado, la economía informal estaba creciendo rápidamente incluso en los países industrializados, por lo que no podía considerarse un fenómeno temporal o marginal. El trabajo informal es la respuesta a la incapacidad del mercado para crear empleo formal y satisfacer la demanda de puestos de trabajo. No se le denomina “sector” porque carece de estructura, y se usa el término “economía informal” para referirse al numeroso colectivo de trabajadores y empresarios, urbanos y rurales, que operan en este ámbito.

Paradójicamente, las TIC (nuevas tecnologías de la información y la comunicación) han contribuido a flexibilizar las relaciones laborales y a informalizar la producción, permitiendo formas nuevas de descentralización internacional de la producción y distribución de mercancías. Se acepta comúnmente que la mayor parte de los nuevos empleos creados en el mundo en la última década lo han sido en la economía informal; por ejemplo, en África ha creado más del 90% de los nuevos puestos de trabajo, incluido más del 60% del nuevo empleo urbano y el 80% del empleo no agrícola.

Como el trabajo informal es un recurso de las familias ante la inexistencia de mejores alternativas, el trabajo de los niños nutre también la economía informal. La OIT estima que existen 211 millones de niños trabajadores, de los que 102 son niñas. Las niñas son más vulnerables porque empiezan a trabajar más temprano, reciben menos dinero por el mismo trabajo y trabajan más horas. Si se incluyesen los trabajos no remunerados del hogar, el número de niñas trabajadoras sería, según el mismo informe, mayor que el de niños. En algunos casos asumen obligaciones domésticas antes de los cinco años. La incidencia de mano de obra infantil es dos veces más alta en las zonas rurales que en las urbanas. En Latinoamérica es un fenómeno que afecta a toda la región, ya que de cada cien puestos de trabajo creados, ochenta y cinco nacen de la iniciativa propia de los desempleados. Tras la recuperación de la década 2000-2010 estas cifras se ha aminorado pero el fenómeno sigue siendo de gran amplitud. La economía informal ocupa sobre todo a mujeres, como estrategia familiar para escapar de la pobreza.

La disponibilidad de un buen Sistema de Cuentas Nacionales es condición imprescindible para la adopción de medidas políticas eficaces. Para ello hay que tener claro qué se observa, cómo se mide y qué tipo de relaciones se presupone que existen entre los temas que van a investigarse. En países como España, que para 2012 espera tasas de desempleo superiores al 23% de la población activa, y en el que los recursos sociales aplicados al alivio de esta situación consumen una porción insostenible del presupuesto del Estado, el conocimiento de la economía no visible e informal debiera ser una prioridad en la investigación sobre el empleo.

En realidad, el Sistema de Cuentas Nacionales es una convención. El modo más adecuado de interpretarlo no es considerarlo un acuerdo definitivo o un punto de llegada, sino un proceso en desarrollo en el que el trabajo no remunerado tiene un

estatuto fluido que puede cambiar. O aún más, hacer cambiar al propio SNA para transformarlo desde dentro o desde fuera.

Por tratarse de un flanco frágil y lateral en la economía convencionalmente delimitada por el SNA, la economía no observada es de especial interés conceptual y metodológico para quienes investigan la otra economía, la que escapa definitivamente al sistema de las cuentas nacionales.

La economía no-observada produce incomodidad tanto a los responsables políticos y a los técnicos como a los simples usuarios de información económica. A los responsables políticos les hace recordar la existencia de zonas oscuras, delictivas o no protegidas de la sociedad que rigen, y siembra dudas sobre la eficacia de su gestión. A los técnicos les incomoda porque pone en duda su capacidad para cumplir el cometido que les ha sido asignado. O, como mínimo, hace evidentes las limitaciones del campo que dominan. El malestar se agrava por tratarse de estimaciones de fuerte proyección social, de las que técnicos y gobiernos han de “dar cuenta” y recibir evaluación externa, frecuentemente vinculada a compromisos internacionales, imagen externa, sanciones y recompensas.

Algunos de los nombres con que se identifica la economía no observada son *economía escondida, en la sombra, paralela, subterránea, cash, informal y mercado negro*. Al carecer de una infraestructura vigorosa, como la que en cualquier país medianamente desarrollado existe para la preparación de las Cuentas Nacionales, los escasos estudios publicados sobre la economía no-observada son parciales, discontinuos, poco contrastados o repetidos en investigaciones posteriores, así como no homogeneizables a nivel internacional. A menudo se basan en fuentes poco fiables o establecen conexiones indirectas (por ejemplo, tomando como indicador la demanda de dinero o el dinero en circulación), con indicadores que otros expertos no consideran adecuados.

La UNECE (United Nations Economic Commission for Europe) lleva intentando desde hace una década la mejora en el grado de exhaustividad de la Cuentas Nacionales, no sólo en Europa sino en otros países. En la primera ronda del Proyecto Piloto sobre Exhaustividad (PPE) que se llevó a cabo en 1998/99, Eurostat desarrolló un marco de tablas que relacionaban las áreas de la economía no observada con los principales problemas estadísticos hallados en la Contabilidad Nacional en diversos países.

En el proyecto de la UNECE sobre prácticas contables no se considera el trabajo no remunerado de los hogares porque no forma parte del tipo de exhaustividad buscado. Tampoco forma parte de sus objetivos el trabajo de voluntariado. Los informes de la UNECE son muy diferentes entre sí en extensión y procedimiento, poniendo de relieve las grandes dificultades con que tropieza la innovación y el refinamiento de las mediciones en las economías nacionales. Diversas instituciones (UNECE, UNESCAP, OCDE...) están tratando de integrar la economía no observada en los cuadros contables macroeconómicos, pero las dificultades teóricas y prácticas son considerables y parte del esfuerzo ha de dedicarse a lograr un consenso sobre qué es lo que se mide y sobre el modo de hacerlo. De eso tratan, exactamente, los proyectos de investigación que el Grupo de Investigación “Tiempo y Sociedad” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas está desarrollando³.

Economía del cuidado

De entre todas las tareas que se desarrollan en los hogares, las que producen mayor desazón al investigador y más debate ideológico sobre su estatuto son las de cuidar y gestar. El descenso de la natalidad en los países desarrollados es la mejor prueba de que la gestación puede considerarse colectivamente una actividad no necesaria, aunque a largo plazo suponga la desaparición del propio grupo y/o la sustitución de unos grupos por otros. La tasa de reposición para los países desarrollados se estima entre 2'1 y 2'4 hijos por mujer, pero en Europa la mayoría de los países están muy por debajo de esa cifra mínima que sólo alcanza Islandia. Desde la perspectiva de la Contabilidad Nacional, el nacimiento de un niño reduce la renta per cápita, en tanto que la de un cordero la aumenta. Se considera activo al que cuida los corderos, pero al que cuida niños sin cobrar se le considera pasivo. Sin embargo, pocos podrán poner en duda que gestar y dar a luz un niño es trabajoso, que cuidarle es una ocupación absorbente y que los niños son aún más necesarios a una sociedad que los corderos. ¿Cómo conciliar las perspectivas del mercado y las de la sociedad en su conjunto?

³ Durán, M.A. (Dir.): “El trabajo no remunerado en la economía global”, Fundación BBVA, Madrid, 2012.

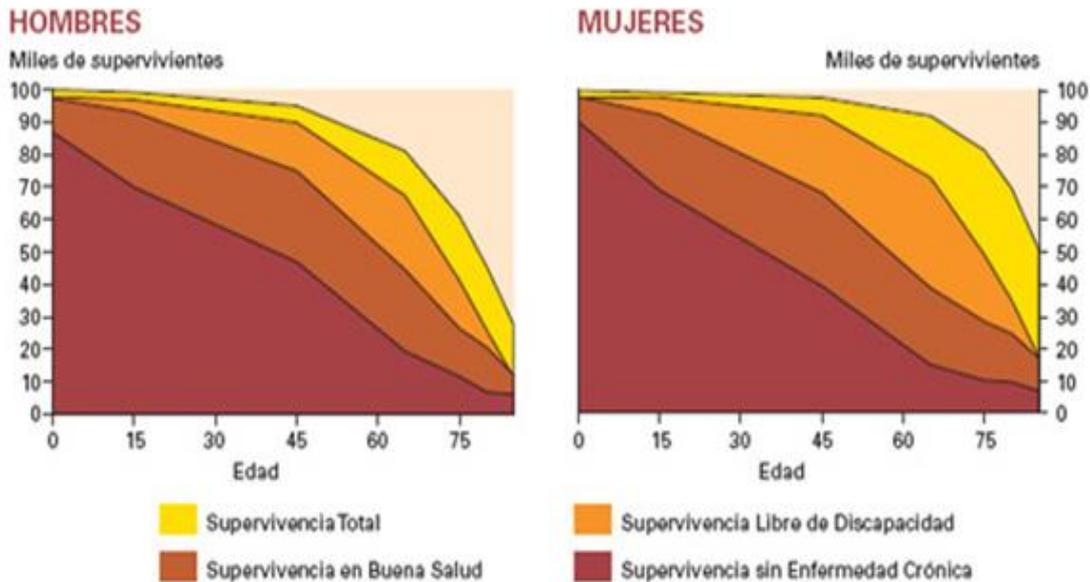
Aunque los niños no tengan precio ni su valor pueda estimarse con criterios de mercado, el esfuerzo de la gestación y el parto se incorpora parcialmente a la Contabilidad Nacional por la vía de las excedencias remuneradas, las subvenciones a la natalidad y las prestaciones sociales relacionadas con la infancia. En el extraño juego que el mercado impone al fijar distintos valores a diferentes tipos de trabajadores, el hijo de una mujer perteneciente al mundo desarrollado resulta caro, mientras el de una mujer perteneciente a los países en vías de desarrollo resulta barato. Dentro de cada país, los hijos de las mujeres muy cualificadas cuestan más – en términos de lucro cesante y en término de permisos laborales-, que los de las mujeres menos cualificadas. Simplificadamente podría decirse que las mujeres de los países desarrollados tienen pocos hijos y las de los países en vías de desarrollo muchos, que en parte emigran a los países desarrollados en los que crecen más rápidamente los mercados que la población que los sustenta.

Por otra parte, la gestación puede ser un trabajo de alto riesgo en algunas circunstancias. Solamente en el África subsahariana, cada año mueren a consecuencia del parto 265.000 mujeres. En los cincuenta países clasificados por Naciones Unidas como los menos desarrollados, mueren por parto 1 de cada 22 mujeres gestantes, mientras que en los países desarrollados el trabajo de gestar sólo termina con la muerte de la madre para 1 de cada 6.000 mujeres.

Voy a terminar con una reflexión sobre el cuidado vinculado al mantenimiento de la salud a lo largo del proceso que media entre el nacimiento y la muerte. La gráfica que pueden ver, que ha sido elaborada por el INE, dibuja las llamadas líneas de supervivencia. Las líneas de supervivencia de hombres y mujeres no son muy diferentes, pero las diferencias son reconocibles a primera vista. De las cuatro curvas, la primera es casi una diagonal y representa la probabilidad de que, llegada a cierta edad, la población disfrute de una salud excelente. La línea más alta expresa la simple supervivencia, el límite con la muerte. Las líneas intermedias reflejan niveles intermedios entre la salud y la muerte, como la supervivencia con enfermedades crónicas. Como pueden ver, hasta los cuarenta y cinco años la línea de la no-muerte se mantiene muy cerca del techo, pero a partir de ahí comienza un claro descenso, que se hace más acusado para los varones. A partir de los sesenta, la línea de la salud excelente se aplana, y aumenta la población con enfermedades crónicas o discapacidades. En España, según datos de Naciones Unidas, los mayores de

ochenta años eran el 1% de la población en 1950; en 2010 eran el 5%, y en 2050 serán el 11%. Si se traducen estas cifras en necesidades de cuidado, los mayores de ochenta años requerían en 1950 el 2% del tiempo destinado al cuidado de toda la población; en 2010 requerían el 10%, y en 2050 requerirán el 21%. En un país tan distante de nosotros como China, las demandas de cuidado consumirán en el futuro gran parte de su crecimiento económico. Entre hoy y el año 2050 el tiempo que cada persona en edad activa tiene que dedicar al cuidado aumentará un 32%, y habrá que detraerlo del tiempo destinado al empleo o aumentar la carga global de trabajo hasta hacerla casi insoportable si no se generan alternativas institucionales a la familia. El esfuerzo *pércapita* dedicado al cuidado de la población mayor de 80 años se multiplicará por cuatro, con el agravante de que si no cambia el modelo tradicional de cuidado, recaerá principalmente sobre una población femenina asimismo envejecida, que es proporcionalmente más reducida que en otros países como consecuencia de la planificación selectiva de los embarazos.

Mortalidad observada y curvas teóricas de supervivientes a la discapacidad, mala salud y enfermedades crónicas. Líneas de supervivientes.



La reflexión que quiero compartir con ustedes es la de quién se ocupará del cuidado de la población con enfermedades crónicas o discapacidades en el próximo futuro. Y trato de contagiarles mi preocupación por el papel que desempeñará el cuidado en el contrato social que vincula entre sí a todos los ciudadanos y a los ciudadanos con el Estado y las instituciones sociales.

A la luz de estas gráficas es fácil que se abra camino la idea de que hace falta una economía innovadora que interprete el trabajo del cuidado como una actividad productiva, y una nueva sociología que coadyuve a implantar un modelo más justo en el reparto de la carga total de trabajo.

Espero que este discurso contribuya a conseguirlo y les doy de nuevo las gracias por haberme dado la oportunidad de decirlo públicamente.